

(Núm. 2.)

DOÑA JOSEFA RAMIREZ.



## NUEVA RELACION

EN QUE SE DA CUENTA DE LOS EXTRAORDINARIOS ARROJOS QUE  
HA EJECUTADO ESTA NOBLE SEÑORA CON LO DEMÁS QUE VERÁ  
EL CURIOSO LECTOR.

### PRIMERA PARTE.

A la que es Madre del Verbo,  
MARÍA, Señora nuestra,  
la pido humilde y postrado  
me dé gracia, con que pueda  
referir á mi auditorio  
la mas infausta tragedia  
y el infertunado caso  
que sucedió á una doncella.  
Prestadme atencion os ruego.

En la ciudad de Valencia  
nació de muy nobles padres  
la hermosa doña Josefa:

con nobles procedimientos  
crióse aquesta Minerva.

Apenas cumplió esta niña  
diez y ocho primaveras,  
machos galanes la rondan  
sus celosias y puertas,  
y entre tanto pretendiente,  
la adoraba muy de veras  
un principal caballero,  
don Pedro de Valenzuela;  
al fin la escribió un billete  
que con rendidas ofertas

la dió parte de su amor:  
 la dama, como discreta,  
 con otro le corresponde  
 á su pretension atenta,  
 diciendo: «Señor don Pedro,  
 yo estimo vuestra fineza;  
 ya sabeis como en mi casa  
 soy la única heredera;  
 y veo, señor, difícil  
 de que mis padres consientan  
 que yo con usted me case;  
 mas esta noche en la reja  
 de mi jardin os aguardo  
 á eso de las diez y media.  
 Dios os guarde, caballero,  
 quien os estima y venera,  
 doña Josefa Ramirez,  
 como humilde esclava vuestra.»  
 Con esto cerró el billete,  
 y á un paje con diligencia  
 le manda que le llevase,  
 el cual fué con gran presteza,  
 y á don Pedro se le dió  
 en propia mano y lo besa.  
 El paje se fue y leyó  
 lo que ya espesado queda,  
 deseando que la noche  
 tendiese el manto de estrellas.  
 Llegó la citada hora,  
 pronto se halló en la reja,  
 hizo una seña y salió  
 aquesta diosa y Minerva,  
 aquella estrella de Venus,  
 tan bizarra como atenta.  
 Saludáronse corteses,  
 y entablaron conferencia  
 dándose pruebas de amor  
 cuando en estas diferencias  
 le acometen dos malvados  
 á don Pedro con violencia;  
 dos estocadas le dieron  
 por las espaldas, tan recias,  
 que las heridas crueles  
 hasta el pecho le penetran;  
 y como un leon herido  
 sacó la espada y con ella

á los dos acometió,  
 pero poco le aprovecha.  
 Ellos se escapan huyendo,  
 y el triste jóven dió en tierra,  
 diciendo: difunto soy,  
 perdóname, amada prenda.  
 Esta voz que oyó la dama,  
 cayó amortecida en tierra;  
 volviendo en sí del letargo,  
 decia de esta manera:  
 ¿Qué es eso que me sucede?  
 ¡Cielos! ¿qué desgracia es esta?  
 ¿qué he de hacer? ¡ay de mi triste!  
 ¡oh fortuna tan adversal  
 ¿á dónde hallaré yo alivio  
 en tanto tropel de penas?  
 Ya no tendré yo sosiego  
 hasta que de cierto sepa  
 quiénes son los alevosos  
 que con tan grande in Clemencia  
 á don Pedro dieron muerte!  
 Toda en lágrimas deshecha,  
 jura que se ha de vengar  
 á pesar de las estrellas  
 Se retiró á su aposento  
 como una leona fiera;  
 se despoja de su ropa,  
 tomando capa y montera  
 y un rico colete de ante,  
 calzon de la misma pieza,  
 zapatos á lo moruno  
 y rica media de seda;  
 una charpa con dos pistolas,  
 tambien su espada y rodela,  
 y un trabuco que pendiente  
 de su cintural loleva.  
 Luego partió á un contador,  
 y sacó de una gaveta  
 hasta doscientos doblones,  
 y se ausentó de Valencia.  
 Entre unos montes se oculta,  
 y de noche daba vuelta:  
 Iba á las casas de juego,  
 donde todo se conversa:  
 jugando estaba una noche  
 y otros señores con ella,

sin saber con quien hablaban del caso la dieron cuenta.  
—¿Dicen que don Leonardo y don Gaspar de Contreras salieron con gran sigilo de la ciudad de Valencia?  
Doña Josefa responde:  
—¿Pues qué cosa les molesta á esos nobles caballeros para salir de su tierra? quizás irán á algun pleito de alguna de sus haciendas, que quien tiene mayorazgos nunca le faltan quimeras. No es mal pleito el que les pasa, ellos dieron por respuesta, pues son los que dieron muerte á don Pedro Valenzuela. Disimulando su enojo, respondió con gran reserva: mucha fuerza se me hace, ni me es posible que crea que estos nobles caballeros hicieran acción como esa, que fuera gran villanía, y les asiste en sus venas sangre noble, y esto basta saber que hay quien los defiende, y eso no se puede hablar sin saberlo por muy cierto.  
—Sabed que es mucha verdad lo que os digo, y si no fuera nada me importa el decirlo: mas ella con gran cautela respondió: Dios les asista, ¿A dónde el viaje llevan?  
Y ellos mismos la informaron que iban á Cartagena. Salió del juego diciendo: buena suerte ha estado esta, ya tendrá mi pena alivio si se me logra la idea. Y montando en el caballo, que al céfiro puso rienda, á Cartagena marchaba con muy pronta diligencia.

Llegó una tarde feliz á eso de las dos y media, en un meson se apeó, y á la huéspedá dijera: cuideme de este caballo, que presto daré la vuelta; y sin desarmarse fué á la playa por si encuentra alguno de sus paisanos que tanto verlos desea; no los pudo descubrir y hácia el meson dió la vuelta; y á la patrona la dijo que previniese la cena, y que le hiciese la cama en una sala que tenga las ventanas á la calle, sin darla á entender su idea. Apenas anocheció, pronto se puso á la reja de la ventana, escuchando, cuanto en la calle conversan. Oyó decir á unos hombres así estas palabras mismas: para mañana en la noche tenemos función muy buena en casa de don Juan Mansilla, porque en su casa se hospedan dos famosos caballeros, naturales de Valencia, y quiere obsequiarlos; mas no quiere que se sepa, porque allá han tenido un lance contra un hombre de prendas... Tente, hombre, no prosigas, calla tu imprudente lengua, que no sabes quien te escucha, porque si bien lo supieras no dieras cuenta á tu amigo. ¡Oh! cuánto mas nos valiera muchas veces el callar! que el que no habla no yerra. Séneca muy bien lo explica en una de sus sentencias. Ya satisfecha del caso se quedó doña Josefa;

apenas amaneció  
hizo vivas diligencias  
por descubrirlos, y al fin  
en la playa los encuentra.  
De que los tuvo presentes  
les dice de esta manera:  
—¿Me conocéis, caballeros?  
Sabed soy doña Josefa,  
aquella á quien agraviásteis  
en la ciudad de Valencia;  
vengo á tomar la demanda  
por don Pedro Valenzuela,  
que habiendo muerto mi amante  
poco importa que yo muera.

Sacan los tres las espadas  
y á la batalla se aprestan,  
y á dos idas y venidas  
le alcanzó doña Josefa  
al valiente don Leonardo  
una estocada tan recia,  
que le pasó por el pecho  
dando con su cuerpo en tierra:  
esto que vió don Gaspar,  
erró con doña Josefa;  
mas poco le aprovechó,  
porque ella con gran destreza  
le pasó por el costado,  
y á los dos difuntos deja.  
Se consternó la ciudad,  
y acudió con gran presteza  
el señor gobernador  
para llevársela presa.  
Mas ella con arrogancia

dijo: sepa su excelencia  
que mi espada á nadie teme,  
aunque un ejército venga;  
dijo, y chocando con ellos,  
á uno toma, á otro deja.  
Tres alguaciles mató,  
y en medio de esta refriga  
se le ha quebrado la espada;  
echó mano con presteza  
al trabuco que traía,  
y á barrer la calle empieza.  
Con que llegó á refugiarse  
dentro de la misma iglesia  
del Seráfico Francisco,  
donde á curar se queda  
dos balazos que llevaba  
muy mal herida una pierna.  
Buena ya de este incidente  
pidió á los padres licencia  
para salir del convento,  
y mandó que la trajeran  
el caballo que tenía  
en un meson de allí cerca.  
Fué un donado y se lo trajo,  
y agradeció la fineza.  
Sin ser de nadie sentida  
se salió de Cartagena.  
Y ahora Pedro de Fuentes  
á aquesta plana primera  
da fin y en otra segunda  
dará noticias enteras  
en lo que vino á parar  
la hermosa doña Josefa.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

Ya dije como salió  
amparada del silencio,  
de Cartagena una noche.  
llena de mil pensamientos  
doña Josefa Ramirez,  
que marchaba para el reino  
de Cataluña: Una tarde  
al encuentro la salieron  
siete bandidos, mas ella  
los reconoció al momento.  
Del caballo se desmonta  
de aquesta suerte diciendo:  
apartarse del camino,  
presto, quitarse de enmedio,  
ó le quitaré la vida  
al que fuese desatento.  
Esto dijo, y disparó  
con tan bellissimo acierto  
el trabuco, que se lleva  
de un tiro los tres primeros  
que los cogió perfilados;  
y los otros que esto vieron,  
se pusieron en campaña;  
mas la dama con esfuerzo,  
sin punto de cobardía  
se hizo fuerte contra ellos:  
de los siete mató cinco,  
y los otros dos huyeron  
ya con heridas de muerte,  
y no les valió por eso,  
que ella arrogante los sigue,  
y de merced la pidieron  
les otorgase las vidas,  
metió la mano en su pecho,  
y dice: para estar segura  
quitar estorbos de enmedio;  
y al soplo de dos pistolas

ambos se los dejó muertos,  
y montando en el caballo  
como quien nada habia hecho.

Llegó, en fin, á Barcelona,  
adonde supo de cierto  
que ya la andaba buscando  
su padre, con gran anhelo;  
y al instante determina  
vender el caballo y luego  
embarcarse para Roma,  
sin reparar en los riesgos  
que puedan sobrevenirle,  
como adelante veremos.

Se embarcó, en fia, en las ondas,  
del salado mar soberbio,  
y fué su suerte tan mala,  
que á los dos dias se vieron  
de corsarios argelinos  
infelices prisioneros.

Desembárcanlos en tierra,  
y á pregones los vendieron:

compró á doña Josefa  
en un moderado precio,  
un renegado muy rico,  
hombre de mucho respeto,  
que por sus buenos conceptos  
era atendido en el pueblo.

Preguntóle á su cautivo  
por su nombre, y al momento  
respondió: Pedro me llamo,  
señor, al servicio vuestro.

—¿En qué oficio te ocupabas?

—El oficio que yo tengo  
es, señor, maestro de armas.

—En buen oficio por cierto  
te ejercitabas, cristiano,  
mas darte otro pretendo.

¿Tú no sabes escribir?

—Algo entiendo tambien de eso,  
no con tanta perfeccion  
porque usado no lo tengo.

Viendo su disposicion,  
le entregó todo el manejo  
de su casa, y al instante  
mandó su amo á dos negros  
que tenia, la enseñasen  
la arábiga lengua, y ellos  
lo pusieron por la obra,  
y aprendió en breve tiempo.  
Tan buena cuenta le daba  
á su amo, y tan contento  
le tenia, que no sabe  
qué hacerse con su escudero.

En este tiempo la mora,  
mujer de su amo mesmo,  
al buen Pedro regalaba  
y hacia algunos cortejos,  
un dia que salió el amo  
á caza con los monteros,  
llamó y le dijo á solas:  
cristiano, yo por tí muero,  
yo no duermo ni descanso,  
en mí no cabe sosiego,  
me has robado el corazon;  
yo me abraso en vivo incendio,  
y si merezco la dicha  
de que premies mis afectos,  
te prometo que serás  
dichoso en aqueste pueblo.

Por no descubrir su sexo,  
con muy buenos argumentos  
don Pedro la disuadia  
de aquesta suerte diciendo:  
mirad que soy vuestro esclavo,  
y que si no tengo hierros,  
esta es merced que me hace  
mi amo por ser tan bueno;  
y pues que de mí se fia,  
hacerle ofensa no quiero;  
y así, señora, dejadme,  
y no toqueis mas en esto.  
Viendo la mora el desaire  
que el paje la habia hecho,

jura por el gran Mahoma  
que ha de vengar su desprecio.

Apenas entró su esposo,  
le salió al recibimiento  
aquella falsa enemiga:  
le echó los brazos al cuello,  
y con un llanto fingido  
le dijo: poned remedio  
en vuestra casa, señor,  
porque el mayordomo vuestro  
quiso, atrevido ofenderte  
muy lascivo y deshonesto,  
á mi aposento se arroja,  
trajo consigo este acero,  
ó puñal, con amenazas  
queria lograr su intento.  
Mas yo como una leona  
me levanté de mi lecho,  
se le quité de la mano  
el cual veslo, aquí le tengo.

Salió fuera el renegado  
enfurecido y soberbio,  
á sus criados los manda  
de que prendan á don Pedro  
en una oscura mazmorra  
y lo cargasen de hierro,  
y que no le diesen agua,  
tampoco el mantenimiento  
y que allí se moriria  
pagando su atrevimiento.

Un moro piadoso habia  
compadecido de verlo,  
que al descuido de su amo  
le llevaba el alimento,  
y tambien le daba agua,  
con cariñosos afectos,  
que entre los infieles hay  
tambien nobles sentimientos.

Y al cabo de quinze dias,  
por ver si se habia muerto,  
visítóle el renegado;  
y luego que vio á don Pedro  
vivo, ha tomado un cordel  
para azotarle soberbio,  
y al tiempo de descargarle  
le dijo: señor, teneos,

Y advertid que es falso todo  
por lo que estoy padeciendo:  
yo soy mujer, no soy hombre,  
y para prueba de aquesto  
un pecho le manifiesta;  
la dice: basta con esto.  
De la prision la sacó,  
dándole abrazos muy tiernos,  
la dice: cristiana, amiga,  
por mi profeta te ruego  
que me reveles la causa  
de haber mi esposa este enredo  
contra tí trazado; entonces  
le contó todo el suceso.  
Viendo esto el renegado,  
iracundo y muy soberbio,  
dijo: juro por el Alcoran  
y la ley que fiel profeso,  
que he de ejecutar con ella  
el castigo mas acerbo  
que hayan visto los nacidos  
para que sirva de ejemplo.  
Mandó al punto el renegado  
que la prendan, y al momento  
ejecutan el mandato  
de su amo, y la metieron  
en una oscura mazmora,  
mientras se encendia el fuego.  
Llena una tina de aceite,  
y luego que estuvo hirviendo,  
á la mora la trajeron  
y se le echan por el cuerpo.  
Mandó apartasen la tina  
y que la arrojen al fuego,  
donde feneció la mora  
pagando su atrevimiento.  
Y al cabo de pocos dias,  
con felices pensamientos  
ha llamado el renegado  
á aquel hermoso portento  
de doña Josefa, y ella  
acudió luego al momento.  
— Vos, señor, ¿qué me mandais?  
— Venios á mi aposento,  
y á solas os lo diré  
que es de importancia el secreto:

ya sabeis doña Josefa,  
la voluntad que os tengo,  
y solo de vos me fio  
para descubrir mi intento.  
Pretendo pasar á Roma  
y ser de mi culpa absuelto,  
y despues el recojerme  
en un sagrado convento.  
Tú te pasarás á España,  
que ya prevenido tengo  
dos mil doblones, los cuales  
entre los dos partiremos:  
mira que te vas mañana,  
pues hoy se halla en este puerto  
un tratante mercader,  
á quien pagado le tengo  
el viaje, y con él vas  
segura de todo riesgo,  
y pasa por Alicante  
de España famoso puerto.  
La entregó los mil doblones  
atados en un lenzuelo  
Se fué á recojer su ropa  
y joyas de mucho precio  
que tenia, y todo junto  
lo encerró en un arca y luego  
mandó el amo la llevasen  
al navío, así lo hicieron.  
Embarcóse el renegado,  
y aquel hermoso portento  
de doña Josefa, y ambos  
á Alicante se vinieron;  
tiernamente se despiden,  
y él con grandes deseos  
su viaje continuó,  
siéndole feliz el viento;  
en breve tiempo llegó  
á Roma con gran contento:  
pasó á ver á Su Santidad,  
parte le dió del suceso,  
y confesando sus culpas  
con grande arrepentimiento,  
en un convento se acoje,  
donde llorando sus yerros  
hizo grandes penitencias,  
y pasó á gozar del reino

del Cielo: pero volvamos  
a la dama que en bosquejo  
lá dejamos hasta aquí  
con ánimo muy resuelto;  
en Alicante compró  
un caballo, y á los vientos  
imitaba en su carrera  
por lo veloz y ligero.  
Pasó á Valencia, y en ella,  
entró con mucho secreto;  
se informó de sus padres  
y supo que estaban buenos:  
una noche determina  
disfrazada de ir á verlos,  
y á eso de las oraciones  
fué á su casa con deseos.  
Llegó á la puerta y tocando,  
á abrirla salió un buen viejo;  
y ella cortés le pregunta,  
quitándose el sombrero:  
— ¡Vive aquí el señor don Juan  
Ramirez y Marmolejo?  
Sí, señor, le respondió,  
y entró al instante á verlo.  
Se sentaron lado á lado,  
y dijo: sabed por cierto  
que vuestra hija, señor,  
hoy se halla en este pueblo;  
tres años y medio ha estado  
metida en un cautiverio;  
sirviendo no como esclava,  
porque era absoluto dueño  
de la casa de su amo,  
y al cabo de aqueste tiempo,  
la ha dado la libertad

y gran porcion de dinero.  
Don Juan que atento escuchaba  
las razones del mancebo,  
al oirlo se enternece  
y lloraba sin consuelo.  
¡Ay, hija de mis entrañas!  
¡Oh, si permitiera el Cielo  
que yo la viera en mi casa,  
cesaran ya mis desvelos,  
diera vado á mi tristeza,  
mis congojas fueran menos!  
La madre por otro lado  
hacia su sentimiento.  
Del asiento se levanta,  
y arrodillada en el suelo,  
dijo: cese vuestro llanto,  
que á vuestra hija estais viendo,  
y ahora, padre y señor,  
perdonad mi grave yerro,  
y lo que pretendo es  
meterme en un monasterio  
Lo pusieron por la obra,  
entrándose en un covento  
de religiosas Franciscas,  
donde vivió dando ejemplo.  
Aprended, mozas doncellas,  
y mirad los muchos riesgos  
en que se vió aquesta dama  
por defender á su dueño.  
Y dando fin á la historia,  
antes de cerrar el pliego,  
Pedro de Fuentes suplica  
al auditorio discreto,  
que le perdone las faltas  
que tuviesen estos versos.

FIN.